



INFORME: ANGEL CRESPO / CARLOS DE LA RICA

Merecimiento y don de la poesía

César Augusto Ayuso



He aquí dos poetas castellano-manchegos —Ángel Crespo (Ciudad Real, 1926 — Barcelona, 1995) y Carlos de la Rica (Pravia, Asturias, 1930 — Cuenca, 1997) poseedores de un mundo poético lleno de originalidad y riqueza, que han dejado una, de las obras líricas de mayor originalidad y riqueza en la poesía española del ya pasado siglo. Cuando el bosque de la poesía de lo que se ha dado en llamar posguerra se clarifique y muchos árboles que no hacen sino estorbar sean debidamente depurados, la obra de estos dos poetas y amigos descollará como merece y mostrará las virtudes y hallazgos que en un trabajo continuo y siempre alerta recolectaron en ella.

Ambos empezaron muy jóvenes, pero por circunstancias vitales Ángel Crespo siempre mostró una actividad y una largueza de intereses mucho mayor, envidiable vista ya en la distancia: en Madrid participó activamente en los movimientos más renovadores (el postismo y su continuación) escribiendo y fundando revistas que traían el aire limpio de la vanguardia: *La Cerbatana*, *Deucalión*, *El pájaro de paja*, *Hora de España*..., leyendo ávidamente en otras lenguas y dando a conocer a poetas de la talla de Pessoa y otros brasileños, encauzando como crítico de arte el gusto por las estéticas superadoras del tradicionalismo estéril, es decir, siendo una vez más clarividente y vanguardista, y, en fin, escribiendo libro tras libro de poemas

con una independencia y una calidad encomiables. El haberse tenido que alejar de España, hizo que su obra poética fuera siendo preterida a favor de otros siempre presentes en las editoriales y comanditas de influencia y poder. De aquellos años en la universidad portorriqueña de Río Piedras parecería más sobresaliente su titánica labor de traductor de *La divina comedia* de Dante, el *Cancionero* de Petrarca y la poesía y prosa del universal Pessoa, amén de otras obras y autores menos conocidos. Su poesía, amplia y de una asombrosa calidad, está todavía por reconocer.

Carlos de la Rica, en cambio, desarrolló toda su labor literaria desde el pueblo conqunense de Carboneras de Guadazaón, compaginándola perfectamente con su labor en la cura de almas de aquella parroquia. Admirable labor desde ese retiro es, amén de ir publicando sus propios libros, con rigor y siempre a espaldas de los estilos y gustos faciloneros de la época, que tenían más aceptación pero menos calidad, su labor como dinamizador de la cultura conqunense e impulsor de publicaciones desde las distintas colecciones de su doméstica editorial "El toro de barro". En ella ha rescatado a los clásicos castellano-manchegos y ha dado cabida a numerosos jóvenes con ganas y vocación de escritores, de poetas sobre todo. Desde sus inicios supo bien oler el tear los aires de la renovación poética y sumarse a las empresas que en Madrid realizaban, sin apenas medios y entre la indiferencia oficial, los

RESUMEN:

César Augusto Ayuso, valentino, es autor, entre otras de *El realismo mágico: un estilo poético en los años 50*, editado por Carlos de la Rica en *El toro de barro*. En este trabajo hace un recorrido en paralelo por las trayectorias de Crespo y De la Rica, se centra "en los primeros años de su actividad creadora", y defiende sus poéticas, llenas de frescura, frente a cierto acartonamiento muy abundante en aquellos primeros años cincuenta.



Pilar G. Bedate, A. Crespo y C. de la Rica en Cuenca.

Chicharro, Ory, Carriedo, Crespo, Fernández Molina, Fernández Arroyo y algunos más en aquellas revistas antes mencionadas y otras que aparecieron además de en Madrid, en Ciudad Real, Guadalajara y Cuenca, pudiendo decirse que era en el círculo castellano-manchego donde en los años cincuenta se mantuvo encendido en fuego del "pajarerismo" o disidencia vanguardista poética, un estilo diferente al lóbrego existencialismo o al hiruto realismo de aquellos años, que infundía humor y ternura, paisaje y cotidianidad rural en una poesía demasiado limitada a los exabruptos del yo o clamante de libertades recordadas.

Como la obra de ambos poetas es amplia y pasa por épocas distintas, en este artículo quiero centrarme en los primeros años de su actividad creadora, en sus primeros libros, los que ejemplifican con toda claridad este tipo de poesía tan personal y en absoluto reconocida que hicieron en los años cincuenta, pues su originalidad, su visión clarificadora como propuesta alternativa a la poesía oficial y dominante no se ha valorado todavía suficientemente, aunque su frescura resulte –leyendo una y otra medio siglo después– incuestionable, frente al acartonamiento de aquella.

Alcance y función de la palabra

Inconfundible el sello impreso por Ángel Crespo nada más comenzar los años 50 con su libro *Una lengua emerge*. Superados los inicios postistas, en este libro el poeta descubre un modo nuevo de percibir y cantar la realidad, indagando y descubriendo en lo más cotidiano y rutinario un misterio oculto que pone en entredicho la función y el alcance de la palabra, y el alcance y la función de la poesía. En este libro es constante la interrogación del misterio, de lo inconcusable, un alarde de ordenar las sombras, los retazos de lo intuitivo, el hilo fugaz de lo que aparece y desaparece antes los ojos atónitos del hombre. Su poema "La voz":

En todas partes una lengua emerge
que entre los árboles canta, canta.
Sube una voz. Ignoro cuántos pájaros
tiene mi voz que en los árboles vive.

La voz del poeta se multiplica, se derrama al entrar en comunión con la naturaleza (árboles, pájaros ...), y aunque ese sentido pánico de lo real no salve al hombre de sí mismo y lo enfrente con todo, la magia que descubre en ello le hace ser más receptivo y conocerse y aceptarse mejor. El destino humano es azaroso y la palabra, aun con toda su pureza, tal vez no sirva a ciencia cierta para conjurar el tiempo:

Pero tú, mi palabra,
no te puedes perder.
La sangre de mi espíritu
no se puede perder.
No te puedes perder, palabra mía.
¿A dónde irás, iremos?

Lo numinoso irrumpe en la vida humana y la precariedad del hombre se acentúa en la contemplación de los otros, pues descubre que no se posee enteramente a sí mismo. En "Las cosas", los animales, la naturaleza, son testigos del paso del hombre, de su trayectoria vital. "Vamos andando igual que si nadie nos viese / pero las cosas nos están mirando".

Sensación causó el siguiente libro, *Quedan señales* al salir dos años después, en 1952, en la colección Nebli, agotándose enseguida y necesitando una segunda edición. En él ofrece el poeta una mayor decantación del mundo mágico, onírico, aparece en aquel, y se observa una expresión más directa, más realista en su visión del mundo tratado, sin que por ello algunos poemas dejen de valerse de claras y poderosas sím-

bolizaciones para dar más vuelo y concentración a su mensaje. En el poema "Los pequeños objetos" queda subrayada la importancia de estos en cuanto perales de la temporalidad, de la fluencia existencial, hecha de instantes: "nos recuerdan / los pequeños disgustos de la vida / y los pobres placeres, tan pequeños".

En este libro los recuerdos se elevan y la memoria se hace viva, toma conciencia. Adquiere gran relevancia el espacio, los lugares donde la vida del poeta transcurre, trasunto y compendio de todo lo demás. El mundo infantil se restaura a través del recuerdo y puntea sus ámbitos: uno doméstico: la casa, con los seres familiares y queridos, y otro rural: el campo. Ambos se relacionan íntimamente, pues el tiempo hilvana lo pasado y el presente, y la tierra manchega, predio de la infancia, encierra para el poeta un significado universal y va descubriendo sacramentos que le vinculan a ella. Así en el poema "El pan moreno" halla las raíces de su identidad: los antepasados, los animales, el paisaje todo de Alcolea, reviven en el rito alimentario:

El pan moreno sabe a tierra negra
bajo la cual hay muertos, sumergidos,
sabe un poco a pesebre
y sabe a boca de animal entero.

En esta comunión encuentra el hombre una sacralidad, al abrigo del tiempo, una solidaridad ecológica que aporta consuelo en la vida. En este libro descuelga un poema que, por lo ajustado de su lenguaje y la magnífica adaptación del punto de vista a la realidad cantada, será siempre memorable: "Un vaso de agua para la madre de Juan Alcaide". Su lenguaje preciso, escueto, coloquial, revela como ninguno cómo la muerte nos sume en la más radical soledad, máxime cuando con la pérdida del otro, del ser cercano, el mundo se despuebla irremediablemente y el sinsentido acampa, la oquedad se extiende y lo desfigura todo.

En *Todo está vivo* (1956), solapadamente, la huella del tiempo va minando la frescura inicial y el poeta acude a distintas figuras oníricas para hacer que asomen los fantasmas de la realidad, un mundo trastocado por el sueño que nos arranca de las certezas objetivas y perfiladas de la realidad conocida:

Un ciervo abre sus fauces,
ciervo feroz de boca cotidiana,
que con los dientes rompe las cortinas
de la diaria luz, mientras derrama
sangre herida de sol en su camino.

Religiosidad y culturalismo

La primera publicación exenta de Carlos de la Rica fue un largo poema en verso caudaloso y solemne entonación, un canto cósmico: *El mar* (1959), en el que ya se hacen patentes los rasgos fundamentales que el autor introduce en la lírica de su tiempo: una visión universalista fundamentada en el Dios bíblico que rezuma religiosidad y culturalismo en el sentido más cabal y profundo. Su primer libro como tal sería, sin embargo, *La casa* (1960), libro en el que hay material de diversa clasificación. Por una parte estarían los poemas más claramente volcados en el espíritu "pajarerista" o postpositista según la impronta de Gabino-Alejandro Carriedo en su libro *Del mal, el menos* (1952). Los titulados "Pequeña oda al estropajo" o "La estufa" serían modélicos en el balanceo característico de realidad y absurdo de esta escuela, junto a fórmulas sintácticas y semánticas también exclusivas (posposiciones de pronombres enclíticos, tras-

tueques de la dirección de la frase, enumeraciones caóticas, dispersiones léxicas ...), mientras otros como "Casa de cartón" estarían más dentro de una magia *naïf*. Este es el comienzo del primero citado:

En busca del jabón y de la arena,
el estropajo va arrullando el agua,
destellando baldosas, fregando los pucheros,
y los deja brillantes y relimpios,
cual si la luna en ellos las noches se pasara.

Dios sonrío mirando al ternísimo estropajo,
cuando, cordiales, las manos de mi madre
con él se juntan, rumiándole los filos al cuchillo,
a la sartén diciéndole altísimos conceptos,
acariciando puertas con músicas de esparto,
o tal vez llenando de sudor los vidrios.

El atrevimiento expresivo, la acuidad de percepción de esta poesía rompedora y aislada que hacía de lo nimio, de lo cotidiano, pírfano de inéditas, de mágicas resonancias, en este libro se combina con algún otro poema que hace de Carlos de la Rica un adelantado de esa poesía que un lustro después haría fortuna de la mano de los jóvenes poetas denominados "novisimos". Me refiero, sobre todo, a poemas como "Publio Virgilio Marón" y "A Ezra Pound", en los que hace gala de un culturalismo joyante y propio en que interioridad y exterioridad forman simbiosis natural, nada postiza.

También Ángel Crespo se adelantó a estos nuevos rumbos de la poesía superadora del romo realismo social y político con *Docena florentina*, un manajo de breves poemas publicados en 1966 en los que ofrece una realidad culturalista que toma como apoyo el Renacimiento italiano. En algunos, sin embargo, se observa la superposición de espacios: la natal Alcolea y Florencia. De nuevo Carlos de la Rica retomaría esta visión de ojo sagaz que penetra en la historia y en los intersticios culturales de su ciudad amada en *Columbario de Cuenca* (1989).

Mucho más se podría decir sobre la obra de dos poetas de rica y exigente escritura, dos grandes desveladores de mundos reales e intuitos a través del verso, pero sirvan estas pocas páginas para llamar la atención sobre algunas de las principales aportaciones que hicieron a la poesía española contemporánea. ■